

Del populismo

En los últimos dos siglos, la pugna al nivel mundial y nacional se había dado en términos de dos grandes visiones antagónicas: democracia-absolutismo, república-monarquía, liberalismo-conservadurismo y capitalismo-comunismo. Los esfuerzos por generar un “justo medio” sólo funcionaron a veces y por un tiempo. Durante la Guerra Fría, surgió un bloque de países “no alineados” con fuertes líderes carismáticos –Tito, Nehru, Nasser o Sukarno—y, desde luego, la Francia de Charles De Gaulle, que tomó distancia de los dos bloques, pero la bipolaridad se mantuvo.

Al derrumbarse la URSS por implosión, la bipolaridad pareció superada, quedando el liberalismo democrático como el dueño absoluto del campo político e ideológico, como lo proclamara Francis Fukuyama en su famoso *El fin de la historia y el último hombre*, (Barcelona: Planeta. 1992).

Hoy, como variantes, la economía de mercado domina en todo el mundo, incluidos China, Vietnam, Corea del Norte o Cuba, donde el partido comunista mantiene el poder, pero ya no pretenden superar sino incorporar al capitalismo. Desde la London School of Economics, Anthony Guiddens elaboró la teoría de una renovación de la socialdemocracia para, aceptando la primacía de la economía de mercado neoliberal, hacerla compatible con la preservación del Estado de bienestar que floreció tras la II Guerra Mundial, (La Tercera vía. La renovación de la socialdemocracia. Madrid, Taurus, 1999).

En los últimos años ha resurgido una corriente con raíces históricas que da voz a los perdedores en el vertiginoso cambio tecnológico del capitalismo actual: trabajadores y clases medias ocupadas en las ramas que han dejado de ser dinámicas. Se trata de una variante de la “tercera vía” y que había permanecido marginada: el populismo... políticas y económicas y la disminución del horizonte de las clases subordinadas. Los primeros populismos aparecieron a fines del siglo XX en Estados Unidos y Rusia. Fue en esos dos países, enormes y muy rurales, donde nació esta propuesta que nace de la sensación de agravio de quienes tienen un horizonte material precario en un entorno dominado por una minoría concentradora de riquezas y privilegios que, a pesar de sus prácticas corruptas, mantiene descaradamente al poder político de su lado.

No hay una definición de populismo de aceptación general, pero John Judis afirma en *The populist explosion*, (N.Y.: Columbia Global Reports, 2016. pp. 13-17) que no se trata realmente de una ideología sino de “una manera de concebir la política”. Por tanto, puede haber una variedad de populismos tanto de izquierda como de derecha, pero que siempre emergen como reacción a una crisis política y económica.

El populismo de izquierda no se propone sustituir el capitalismo por otro tipo de economía ni habla en nombre de una clase en particular, como lo hace el socialismo,

sino del “pueblo” con su multiplicidad de grupos, intereses y contradicciones. Propone una movilización en contra de la élite o el establishment en nombre de valores. Desde esta óptica, la visión es que las contradicciones que pueda haber entre los intereses de los diferentes sectores populares y medios, pueden negociarse para encausar la energía de la mayoría contra la ciudadela que está en la cima de la pirámide social, contra la oligarquía, su corrupción y su falta de solidaridad con la nación.

Según Judis, el populismo latinoamericano es heredero del norteamericano. En particular de aquel que se nutrió de los efectos de la Gran Depresión de 1929 y cuyo representante más notorio y exitoso fue Huey Long, un político de Lousiana, formado en sus zonas rurales más pobres y ya radicalizadas. Sus propuestas incluyeron lo mismo la construcción de caminos y escuelas, nacionalizar los ferrocarriles, que exceptuar a los pobres del pago de impuestos e imponer tasas impositivas que hicieran imposible la acumulación de fortunas a la J.P. Morgan o Rockefeller y usar esos ingresos fiscales para garantizar al ciudadano común una vida material decorosa.

Fue el temor de Long, que había organizado ya una base de millones de votantes en los 1930, lo que llevó a Franklin Roosevelt y al Partido Demócrata a radicalizar la política social del New Deal, so pena de perder la reelección de 1936. Long fue asesinado en 1935 y Roosevelt se mantuvo en la presidencia hasta su muerte en 1945, pero no sin haber incorporado como propio parte del programa populista, al punto que la derecha lo tachó de “traidor a su clase”. (H. W. Brands, *Traitor to his class*, N.Y., Anchor Books, 2008). Elementos de ese populismo norteamericano persistieron hasta que la derecha republicana casi acaba con ellos, especialmente mediante el asalto del populismo de derecha con Donald Trump a la cabeza...